III Domingo Adviento - Domingo Gaudete

Isaías 61:1-2, 10-11; I Tesalonicenses 5:16-24; Juan 1:6-8, 19-28

«Este vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz»

13 diciembre 2020 P. Carlos Padilla Esteban

«Sueño con estar siempre alegre y retener esa paz que vence los miedos. Quiero una alegría que me guarde de todo mal. Hoy busco esa alegría más profunda, esa alegría que viene de Dios»

Trato de llenar de luces la oscuridad con paso firme. Intento sonreír una y otra vez en medio de rostros serios. Logro decir algo que esté lleno de esperanza cuando continuamente me hablan de críticas y juicios sobre los demás. Trato de alegrar y no deprimir a los que me rodean. No me desanimo ante la primera contrariedad que hallo en el camino pensando que será imposible llegar a la meta. Visto de colores el tono gris de mi vida, a menudo rutinaria, allí donde faltan colores vivos. Siembro flores de Pascua, o Nochebuenas, en el alfeizar de mi ventana, para que el rojo de sus hojas llene mi corazón de Navidad. Atisbo por la ranura de mi puerta la luz de un nuevo día que amanece, desterrando los miedos de la noche. Un amanecer rojizo que me llena de paz el alma. Canto villancicos a la puerta de la vida de los hombres. Para iluminar sus días y alegrar sus nostalgias de infinito. Con la pandereta, la guitarra y la zambomba. Componiendo con notas nuevas un cielo que se llena de estrellas, no solo una, miles. Espero a que el lucero del alba traiga buenas noticias que me llenen de vida, porque ya está muy plagado el nuevo día de tragedias y desgracias. Me visto con nuevos colores, será que me hago más joven. Me río cuando no corresponde, y no es por los nervios, es quizás porque estoy aprendiendo a liberarme. Intento escuchar con más frecuencia de lo que lo hago habitualmente. Con más respeto, con mirada inocente, sin juzgar lo que me dicen, sin rechazar lo que no procede, porque sé que no tiene sentido hacer de juez, sólo Dios salva. Al fin y al cabo, ¿qué tengo que decir yo sobre lo que hacen los demás o sobre lo que no hacen? No tengo que enseñarle a nadie cómo debe comportarse. Me gusta pensar en posadas distintas a las de otros años, esta vez con cubrebocas. Con comidas al aire libre, guardando las distancias. Pienso y sueño con abrazos sutiles, para no ser imprudente. No sé cómo puedo hacer para acabar con las sombras que rodean mis días. Y hacer que la noche de mi ánimo se llene de vida a ritmo de fiesta. Tengo entre mis manos tantos regalos que he recogido para dar a los que tienen sólo miedo y el corazón vacío. He querido alegrar con mis sonrisas sus días oscuros. Puede que tal vez no me comprendan. Llevo en el alma un sueño de niño que quizás un día despierte. Y sé que las aventuras son el mejor remedio para una vida sin lustre. He decidido alegrarme aun sin motivos aparentes, por cualquier cosa, sin esperar nada. Llega la Navidad y el gozo del encuentro me llena de esperanza una vez más, este año más que nunca. Sé que tengo el alma vestida de fiesta y eso me alegra. Dejo de lado esas nostalgias que amargan a veces la vida. Espero que los días sean más largos, tengan más luz y menos noche. Quiero que mis palabras sean siempre buenas nuevas y no mensajes amargos. Decido mirar al hombre que está sufriendo a mi lado, escondido en una esquina, me acerco a preguntarle qué le falta, qué desea, qué ha perdido. Quiero levantar mil puentes que me lleven al hermano. Y acabar con esos muros que sólo siembran discordias. Dejo a un lado la amargura que a menudo me acompaña y esos juicios sin misericordia que vierto cada mañana. Abrazo el cielo plomizo vistiéndolo hoy de grana. Como mis flores rojizas que iluminan mi ventana. Llevo prendido en el pecho un canto que se repite, una y otra vez, alegre. Jesús viene por la vida, se hace carne entre los hombres y yo lo espero tranquilo. José y María lo guardan como el regalo más grande. Recorren con calma el camino entre Nazaret y Belén, yo camino con ellos. No quiero hoy que los miedos me impidan acercarme. Me arrodillaré como un niño, con las manos vacías y el corazón algo roto. Voy vertiendo a mi paso lento semillas de vida y llanto. De alegría y paz eterna. De soledad y de viento. Dejo que sobre el camino nazca una esperanza nueva, en flores rojas de

nuevo, como las de mi ventana. Y sé que con tantas lluvias crecerá paz en mi alma y en la de todos aquellos, que me encuentren, que me busquen. Eso espero. Ya no tiemblo por los días que aún desconozco, no hay miedo. Sólo sé que en este Niño se me regala la paz, la alegría y la esperanza. **¿Qué más quiero? sólo Dios que se hace carne entre mis manos. Y yo sonrío.**

En la tercera semana me detengo a contemplar a los ángeles. Un coro de ángeles anuncia a los pastores que ha nacido el Mesías, que corran a adorarlo. Un ángel en la noche le pide a José que no repudie a María, que el hijo que está esperando es el Hijo de Dios. Un ángel abre el corazón de María y le anuncia que será Madre del Salvador. Un ángel le dice a Zacarías que va a ser padre siendo su mujer estéril. Un ángel anuncia a José que tienen que huir a Egipto, porque quieren matar al Niño. Un ángel, siempre un ángel, llevando noticias de luz, de esperanza. Un ángel que salva al que puede morir y encamina los planes de Dios en la tierra. Es Navidad tiempo de ángeles que traen esperanza y buenas nuevas. Me gustan los ángeles que en mi pesebre coloco anunciando alegría con sus trompetas. Ángeles que cantan porque ha nacido el Salvador y la noche oscura se llena de estrellas. Ángeles de Dios que van de un lugar a otro conduciendo y velando mi vida sin que yo me dé cuenta. Ángeles sigilosos, preciosos, alegres. Ángeles llenos de luz que iluminan mis propias tinieblas. Ángeles que salvan, protegen, cuidan, velan, anuncian. Santa Teresita hablaba así de esos ángeles que protegían su vida pequeña y frágil: «*Invoca a los ángeles y a los santos que se elevan como águilas hacia el fuego devorador, objeto de su deseo y las águilas, apiadándose de su hermanito, lo protegen, lo defienden y ahuyentan los buitres que querrían devorarlo*»[1]. Los ángeles son enviados por Dios para salvar a los hombres, para hacer realidad en sus vidas un milagro de paz. Hoy pienso en los ángeles que están presentes en mi camino. Ese ángel de la guarda que custodia mis pasos y aguarda en mis caídas, dándome fuerzas para emprender el camino. Ángeles que me hacen ver lo que Dios quiere, lo que me pide. Ángeles silenciosos, ocultos a la luz del sol, apenas los veo y sé que están presentes, caminando junto a mí, son mis seres queridos. No tengo miedo a la noche porque es hora de los ángeles que me llenan de luz. Es la Navidad, incluso en pandemia, tiempo de alegría, de canto de ángeles, de coros celestiales. Una alegría honda que va más allá de los límites que me impone el mundo. Los ángeles traen alegría. Hay en mi vida ángeles con cuerpo, con vida propia. Ángeles a través de los cuales Dios me habla y me dice que me ama, que ha pensado en mí, que me quiere para siempre. Esos ángeles reales vienen a visitar mis pasos y me muestran el camino. Me gusta su presencia silenciosa, sus cantos de paz, su sonrisa amplia que borra mis tristezas. Y me recuerdan lo bello que soy porque Dios me ama. Me gustan esos ángeles que Dios ha puesto en mi camino para anunciarme el amor inmenso que me tiene. Me dicen que Dios ha nacido en mi alma en un corazón de niño. Y yo miro dentro de mí para darme cuenta de la sonrisa inocente de Dios, en lo más hondo. Pienso en esos ángeles de andar por casa y pienso en mí que estoy llamado a ser ángel. Mediador entre Dios y los hombres. Anunciador de alegrías y esperanza. Testigo de un amor más grande para hacer ver al hombre que el amor de Dios tiene la última palabra en sus vidas. Siento vocación de ángel para ir anunciando verdades y mostrando la belleza que cada hombre tiene escondida en el alma. Me gusta pensar que mi vida es pequeña y aun así tiene un poder que no controlo. Un poder inmenso, infinito, eterno. Un poder que logra vencer por encima de mis miedos tan humanos. Quiero proclamar una alegría que nadie pueda borrar de mi alma. Estoy llamado a vivir con esa alegría serena de los ángeles que saben que Dios ya ha vencido en todas las batallas. No tiemblo, no me desespero. Así quiero caminar yo, seguro al saber que Dios conduce mi camino aunque muchas veces parezca que la vida no tiene sentido. Necesito tener dentro esa paz de los ángeles. Esa paz que regale alegría al que se encuentre conmigo. Esa paz me gusta, esa sonrisa permanente, esa esperanza dibujada dentro de mí, cuando mis fuerzas decaigan y me sienta impotente ante la marejada que amenaza con hundir mi barca. Cuando no parezca haber salida que me libere de todos mis miedos. Cuando las sombras oculten el sol y parezca que la noche se impone sobre el día. En esos momentos en los que me encuentre perdido y sin rumbo miraré al cielo buscando ángeles. Alzaré las manos implorando un poder superior al mío. Soltaré vencido las riendas que pretenden controlar mi vida. Y dejaré así que el poder de Dios en sus ángeles se haga visible. Y un coro de ángeles aparecerá

[1] Santa Teresita del Niño Jesús, *Historia de un alma*

sobre la cueva de mi olvido, de mi tristeza, llenando de cantos mis silencios. Quiero abrazar la vida como un náufrago a la deriva. Y sabré entonces que tengo vocación de ángel cuando Dios me vuelva a pedir con una sonrisa: *«Sigue dando esperanza, ¿no lo ves? Haces falta»*. Y volaré de nuevo sin hacer caso al cansancio, sin hacer ruido. Y sonreiré otra vez olvidando mis pesares. Y hablaré con voz calmada sin atisbo de tristeza. Porque Dios habrá vencido en mí naciendo en mis entrañas, llenándome de alegría. Y seré ángel. ¿Cómo si no voy a lograr que Dios regale sonrisas dibujadas en mis labios? **¿Cómo si no voy a dar paz a todos los que me miren?**

¿Dónde se generan mis temores? ¿Por qué necesito que me aprueben siempre? Guardo en el corazón ese miedo irracional al rechazo, al desprecio. ¿De dónde me viene? ¿Qué es lo que he hecho mal en mi historia? ¿Dónde tengo la raíz de este sentimiento mío de no querer perdonar mis debilidades, ni mis torpezas? La alegría debería ser la impronta de mi alma. ¡Qué rápido la pierdo! Dejo de sonreír, de alegrarme por las cosas sencillas de la vida. Le pido más a Dios, a los demás y vivo lleno de quejas. Y luego el miedo a fallar, a caer, al olvido. Ese miedo visceral y profundo. Deseo una alegría sin miedos y la confianza de pensar que en medio de la batalla saldré indemne, sin un rasguño. Esa confianza de los niños que han puesto su seguridad en el cielo. Esa alegría que me viene de lo alto como una lluvia suave que penetra mi alma. Es lo que más deseo, esa paz que acabe con mis tormentas interiores. Hoy escucho por labios del apóstol: *«Estad siempre alegres. Orad constantemente. En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros. Absteneos de todo género de mal. Que Él, el Dios de la paz, os santifique plenamente. Fiel es el que os llama y es Él quien lo hará»*. Necesito esa alegría que viene de Dios, porque la alegría del mundo es pasajera y no logro retenerla con manos firmes. Lo intento, me apego a ella en medio del camino. La retengo un tiempo y pasa rápido. La tristeza y el miedo son mis enemigos. Apagan mis sonrisas, ahogan mis gritos de júbilo. Quiero la alegría honda que se viste de fiesta. Quiero el sí sencillo y fiel que se vuelve alegre en el camino. ¿Quién puede quitarme esa alegría? Ni la persecución, ni el hambre, ni la soledad, ni la infamia, ni las afrentas injustas. Nada debería quitarme la alegría que viene de Dios. Sueño con estar siempre alegre y retener esa paz que vence los miedos que a menudo me acobardan. Quiero una alegría que me guarde de todo mal. Hoy busco esa alegría más profunda, esa alegría que viene de Dios. Decía el P. Kentenich: *«Si no recibo alegría, si no tengo alegría tanto por mi crecimiento interior en Dios como por el de los demás, ¿qué efectos habrá? Si la alegría es un instinto primordial, el hombre se buscará la alegría en otra parte»*[2]. Es un instinto del corazón. Es algo innato que me lleva a buscar una alegría que no se agote, que no se acabe. Quiero vivir alegre en Dios, confiado. ¿Dónde están las fuentes de mi alegría más verdadera? Busco dentro de mí esa grieta por donde me llega la paz de Dios, ese camino abierto en lo más oculto de mi ser donde Dios llena de risas mis nostalgias y mis miedos. Es más fuerte la luz que la noche, más fuerte el canto alegre que el silencio lleno de reproches. Más grande la risa franca que la tristeza honda que no puedo apagar con nada. Busco las fuentes de mi alegría que nadie me va a quitar. Quiero limpiarlas en este Adviento para vivir alegre y disfrutando cada día de mi camino a Belén. Salgo de mis reproches y tristezas para ponerme en camino hacia Dios y lo miro con alegría, no con temor, no con sentimiento de culpa. Decía el P. Kentenich: *«Si coloco siempre en el centro de mi pensamiento mi pequeñez, mi dependencia de Dios, mi ser nada ante Dios, el efecto será la actitud fundamental de la opresión: estoy oprimido frente a Dios. Si yo dijera reiteradamente en mis pláticas: - Tú no puedes hacer nada pero Dios ha hecho de ti algo valioso, esa afirmación tiene que causar una falta de alegría en mi relación con Dios. Por eso, se busca la alegría en otra parte: en el mundo de las alegrías sensibles y del pecado»*[3]. No acentúo el sentimiento de que no soy nada ante Dios. Poco puedo, lo sé. Pero puedo mucho porque soy hijo suyo. Soy grande en sus manos. y este sentimiento de valor me causa alegría. Le hago falta a Dios y no puede prescindir de mí. Soy un instrumento único y valioso en sus manos, eso me da alegría. Soy importante para su misión. Sin mí le falta algo. Lo que yo aporto es único. Esa conciencia me llena de paz y felicidad. Soy su hijo querido y no puedo eludir mi entrega, mi generosidad, mi ofrecimiento diario. Esa labor mía es un regalo. Y mi alegría entonces descansa en ese Dios que ha visto mi belleza y cree en mí. Sabe que soy valioso en este mundo. No quiere que renuncie al poder que me ha dado, a los talentos que ha puesto en mi

[2] King, Herbert, *King Nº 2 El Poder del Amor*
[3] King, Herbert, *King Nº 2 El Poder del Amor*

corazón. Son suyos, no míos, pero a mí me dan paz y alegría. No me quedo en mi miseria, miro más su misericordia. No me centro tanto en que no puedo nada, pero acentúo que lo puedo todo en sus manos. Y sé que cuando esté a punto de caer, cuando me falten las fuerzas, Él va a venir a suplir mi carencia, a salvarme en medio de mis batallas perdidas. Me gusta mirar así la vida y me causa alegría. No me enorgullezco pensando que lo puedo todo, pero tampoco me humillo pensando que no puedo nada. Dios lo puede todo, Dios me salva. Y su mirada cambia mi corazón enfermo. Su mirada me alegra y me llena de sonrisas. **Ha visto quién soy, lo grande que soy, y esa conciencia de mi valor me hace sonreír y caminar feliz a su lado**.

Me gustan las palabras de Isaías que me muestran lo que es Jesús: «*El espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahveh. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia de Yahveh, día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran*». Jesús pasó haciendo el bien, sanando los corazones heridos, vendando a los desgarrados, alentando a los perdidos, consolando a los tristes, alegrando a los que lloran. Me alegra esa misión que Jesús pone sobre sus hombros en Nazaret descubriendo cuál es su camino. Allí, en su tierra natal, con los suyos, lee al profeta y anuncia que esa es su misión. Es Él el enviado a sanar los corazones rotos. Siento que su vida fue así. Pasó entre los hombres de ese momento curando y alentando a todos, a los más frágiles y heridos. Miró al herido y se detuvo junto a él. Vio al abandonado y buscó acompañarlo y acogerlo. Así fue su vida. Vivió siempre mirando fuera de Él, no dentro. Siempre pensando en la felicidad de los otros, no en su propia felicidad. Y así lo sigue haciendo hoy al pasar por mi vida. Y más aún quiere que yo también asuma su misión y la haga mía. Escucho muy a menudo que es más feliz el que da que el que recibe. Que la única vida que sirve es la del que sirve. Me dicen que si me guardo mi vida la perderé y si la entrego la ganaré. Me dicen que si busco sólo mi bien me acabaré quedando solo cerrado en mi egoísmo. Me lo dicen muchas veces y de muchas maneras. Y yo creo esas verdades, grabándolas a fuego en mi alma. Pero luego llega la vida con sus prisas y me arrastra dentro de mi egoísmo. Decía el P. Kentenich sobre el amor: «*Si me quiero regalar a un tú en el amor, entonces me obtengo nuevamente. Este es el gran misterio: regalarme en el amor significa reencontrarme, es decir, encontrarme de manera más plena en el tú. Y cuando yo mismo recibo amor, y no debemos perder de vista que aceptar amor es a menudo más difícil que darlo, cuando se me regala amor, debo cuidar atentamente de aceptar ese amor de forma correspondiente. Si fulano, mengano o zutano, a través de su entrega a mí, no se realizan en su modo original de ser, es que no he recibido su amor de la forma que corresponde*»[4]. Dar y recibir amor. La vida de Jesús también fue así en la tierra. Dio amor y recibió amor. Y también dio amor hasta el extremo y recibió la muerte provocada por el odio. El amor me saca de mí, me lleva al encuentro con mi hermano. Quiero acogerlo y hacer que sea feliz. Sé que si lo amo será más feliz. Y luego tengo que dejarme amar. Yo tengo el corazón roto, estoy desolado y quiero ser feliz. Recibir amor es lo que me hace pleno, me sana por dentro, me da paz. Pero me cuesta dejarme amar. ¡Cuántas personas conozco que huyen del amor, del consuelo, del halago! Lo desean de forma enfermiza y lo rechazan de forma absurda. Se niegan a estar en deuda por amor. Prefieren no sentirse amadas antes que ver que deben amor a alguien. ¿Dónde está la clave de la felicidad verdadera, del amor que sana el alma? En dejarme amar y en amar. Un movimiento de dos direcciones. Amo y soy amado. Me siento amado y salgo a amar al que no es amado. Y busco su felicidad y al hacerlo así siento más felicidad que cuando recibo amor. Soy más feliz cuando hago felices a los otros. Quiero dar amor saliendo de mí mismo. Pero también sé que recibir amor sin poner barreras y sin huir impidiendo los abrazos y las caricias, es mi camino de sanación. Quiero acoger el amor de quien me ama. Y es un arte aprender a recibir amor, cuesta mucho, porque me siento en deuda y a nadie le gustan las deudas. Parece como que en la escuela del amor nunca estoy listo para pasar al siguiente curso. No estoy maduro como para pensar en el otro antes que en mí. Tantos matrimonios fracasan cuando el acento está puesto en el yo. Quiero ser feliz, aunque tú no lo seas. Quiero que lo seas, pero antes está mi felicidad, mi desarrollo profesional, mi espacio para el crecimiento personal, mis caprichos y deseos, mis proyectos y sueños, mis gustos y aficiones. Y

[4] King, Herbert, *King Nº 2 El Poder del Amor*

luego los tuyos, los de mi cónyuge, los de mi hijo, los de mis padres, los de mi amigo, los de mi hermano. Primero los míos porque parecen más importantes. O porque siento que soy yo el que renuncia siempre. Y entonces me pongo en el centro. Y me olvido de esa misión que Jesús pone sobre mis hombros. Me lo repite hoy: - Salir al mundo a consolar al triste, a sanar al herido, a liberar al esclavo, a decir palabras de bendición al que vive sin rumbo y sin esperanza. Es esa una misión que desborda mis fuerzas. No me siento preparado para un amor de este tipo. Estoy demasiado pendiente de mi seguridad, de mi paz interior, de mis sueños más ocultos. Y no quiero que nada se tuerza. Quiero que mi vida sea perfecta y pienso que después la de los otros también puede serlo. Y no es así. Hay más felicidad en dar. Mi felicidad, mi alegría en este Adviento, está en hacer felices a los que me rodean. Ellos son los importantes y yo no importo tanto. No es mi vida la que cuenta, la que vale. Es la vida de los demás. Dejo de tomarme en serio. Dejo de pensar en mí. Es Dios el que cuida mis pasos y me enseña a amar dándome por entero. **A dar mi vida sin querer guardarla.**

Este domingo de nuevo Juan el Bautista es el protagonista: «*Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan. Este vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz*». Él no es la luz como tampoco es la Palabra. Es sólo testimonio de la luz y voz que hace audible la Palabra. No está en el centro, es sólo el camino que me lleva al centro, a Dios, a lo importante. Lo demás es accesorio, secundario. Quien le encuentra a Él se encuentra con el amor de Dios. Pero él es sólo el camino, aquel que conduce al que importa. Me gusta esa capacidad de dar testimonio, y hacer presente a Dios entre los hombres. Así es Juan. Muestra el amor de Dios a los que lo siguen. A menudo quiero ser yo el centro, quiero ser yo Jesús, el más valioso. Y dejo de vivir con humildad. La vanidad entonces me aleja de Dios. Porque me creo yo tan importante como Dios. No soy yo el que brilla, es Cristo quien brilla en mí. No quiero olvidar que sin Él yo no soy nada. Y el testimonio de Juan es claro: «*Y este fue el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron donde él desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle: - ¿Quién eres tú? El confesó, y no negó; confesó: - Yo no soy el Cristo. Y le preguntaron: - ¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías? El dijo: - No lo soy. - ¿Eres tú el profeta? Respondió: - No. Entonces le dijeron: - ¿Quién eres, pues, para que demos respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo? Dijo él: - Yo soy voz del que clama en el desierto: - Rectificad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías*». Él sólo es la voz, es el que prepara el camino al Señor, el que anuncia su Palabra y su presencia entre los hombres. Me gusta la actitud de Juan. ¿Quién es él? Sólo la voz. Con frecuencia me hacen la misma pregunta: - ¿Quién soy yo? Y no tengo tan clara la respuesta como Juan. Tiemblo porque quiero ser más importante, más valioso y no lo soy. Porque quiero que vean mi poder y valoren mi grandeza. ¿Quién soy yo? ¿Quién dice la gente que soy yo? Muchas de las cosas que hago y pienso son vanidad. Pasan y se pierden en el umbral de los tiempos. Desaparecen sin que pueda hacer nada para salvarlo. Y yo me empeño en ser la Palabra que libere, que salve, que eleve. Soy sólo esa pobre voz que clama en el desierto. Me gustaría tener siempre esa actitud, más aún en este Adviento. Un grito, una voz que se eleva queriendo ser escuchada. En el desierto nadie escucha. Tampoco a mí me escuchan muchos. Pienso en ocasiones que tengo algo importante que decir, que gritar, que escribir. Y me equivoco. Es sólo mi vanidad la que me lleva a querer ser más de lo que soy y al final lo único que importa son las cosas sencillas de la vida. El amor de un niño, el abrazo de los que se aman, un te quiero, un gracias, un lo siento, un perdóname. Un secreto bien guardado, un cielo raso con sol y frío, unas bolas de colores en la Navidad, una comida tranquila para celebrar la vida. Una música que despierta melodías dentro de mi alma, un silencio que me llena de esperanza, una mañana que se abre por encima de las nubes, un reencuentro después de mucho tiempo, un perdón que yo doy o recibo, todo cuenta. Y yo pierdo el tiempo con frecuencia preocupado de cosas poco importantes. Sólo soy la voz, y el reflejo de una luz poderosa que se esconde dentro de mi piel tan frágil. Y mis palabras que pretenden ponerle voz a mil gritos callados dentro de mi alma. Y mis gestos que pretenden en su torpeza ser más elocuentes que todas mis palabras. Me gusta esa actitud de Juan porque no quiere mejorar su lugar, no pretende tener un camino nuevo que le dé alegrías. No busca que le sigan los discípulos y calmen su sed de ser amado. Me gusta esa mirada pobre, y libre al mismo tiempo. Podrá morir en una cárcel, sin despedidas, sin halagos, sin reconocimiento público. Está preparado a morir como una voz que se apaga suavemente después de haber sido atronadora en el desierto.

Ahora ya está cumplida su misión y podrá irse en paz a descansar, entregará la vida. Esa humildad del hombre del desierto, del hombre que no vive de las apariencias, me impresiona. Me gustaría parecerme más a él. Quisiera no buscar los primeros puestos, ni querer que no se olviden de mí. Le pido a Jesús en este Adviento que me enseñe a vivir como Juan, despreocupado, libre, apasionado por la vida, haciendo lo que me toca en cada momento sin grandes pretensiones. Es difícil, lo sé, sólo puede ser obra de Dios en mí si rompe mi orgullo y acalla mi vanidad y mi engreimiento. Puede hacerlo, puede cambiarme. Hoy su figura imponente se me vuelve pequeña como la de un niño sencillo y abandonado en el camino. Un niño que sabe muy bien quién es y a qué ha venido. Me gusta esa mirada suya sobre su vida. En el silencio del desierto descubre esa misión oculta y escondida. Así viviría Juan su vida, entregándolo todo y no queriendo hacerlo todo bien. Sólo una cosa le pedía Jesús: - Ser su testigo, ser su voz que pide que escuchen al Señor, ser el que prepara el camino para luego morir por un capricho, olvidado y sin gloria. También Jesús acabará solo en el madero. Olvidado por muchos, rechazado por otros. **Así quiero vivir yo, sin pretensiones**.

El bautismo de Juan es con agua. El de Jesús será con fuego. Juan señala a Jesús, al que no ven: *«En medio de vosotros está uno a quien no conocéis, que viene detrás de mí, a quien yo no soy digno de desatarle la correa de su sandalia».* No es digno de desatarle las sandalias, tarea de los sirvientes. No es digno de ponerse a servir a Jesús. La dignidad es algo tan importante. A menudo no me siento digno del amor de Dios. La dignidad me habla de derechos fundamentales. ¡Cuántas personas hoy viven sin dignidad porque se la han quitado! Comenta el Papa Francisco: *«Mientras una parte de la humanidad vive en opulencia, otra parte ve su propia dignidad desconocida, despreciada o pisoteada y sus derechos fundamentales ignorados o violados»*[5]. Pierdo mi dignidad cuando pisotean mis derechos. Me quitan lo que me corresponde como ser humano. Dejan de amarme respetando mi dignidad más sagrada. Una mujer hablaba de su experiencia: *«Necesito que me recuerden que soy digna de ser amada, que, a pesar de él, no he dejado nunca»*[6]. Entonces hay una dignidad profunda que tengo. La dignidad de los hijos de Dios. Soy digno de ser amado y nadie puede hacerme pensar lo contrario. Nadie puede pasar por encima de ese derecho fundamental. Tengo una dignidad y me siento digno de ser amado. Porque tengo un valor único, íntimo. Un valor sagrado con el que Dios me ha creado. Escribe el P. Kentenich: *«Nuestro corazón ha sido creado para el amor; en él encuentra su dicha y felicidad, en él se abre lo más íntimo de sí a fin de entregarse totalmente para vivir en él y florecer; y nada ansía tanto el corazón como encontrar un objeto digno de su amor con el que pueda unirse totalmente, en el que pueda derramarse por completo. Por eso nos consideramos dichosos cuando podemos amar a una criatura que nos cautiva por su belleza o con la que estamos unidos por lazos de parentesco o de amistad»*[7]. El amor me hace sentirme digno. El saberme amado me devuelve la nobleza que puedo haber perdido. Valgo porque Dios me ama. Ese amor nadie me lo puede quitar nunca. Ese amor de Dios que en ocasiones no siento, no veo. No lo merezco, no lo gano haciendo buenas obras, actos meritorios. Pero mi dignidad de hijo me hace valioso a los ojos de Dios. Soy digno. Pero a la vez me identifico con las palabras del profeta. Yo tampoco me siento digno ni siquiera de desatar las sandalias de Jesús, de limpiar sus pies, de servirle la mesa. Porque Él lo es todo para mí y yo soy pequeño. Es una paradoja. Por un lado mi dignidad de hijo. Por otro mi indignidad por ser tan débil y pecador. Me siento identificado con las palabras de María en el Magníficat: *«Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava».* Dios se ha fijado en mi pequeñez y me ha elevado por encima de mi propio valor. Su amor inmenso hace que valga más. Soy tan valioso porque Dios me mira con misericordia y no se fija sólo en mis méritos. Le conmueven mis manos débiles tratando de tocar su manto. Le impresionan mis deseos de subir a las cimas de las montañas sin tener fuerza suficiente. Pero dentro de mí hay algo. Una dignidad escondida. La de ser hijo, la de ser niño. Justamente Dios viene a hacerse carne de mi carne y devuelve la dignidad a mi carne empecatada. Esa visión me impresiona. Mi carne llena de su luz, de su amor, de su esperanza. Por eso me gusta especialmente este tiempo de Adviento. Este tiempo de espera, de anhelo, en el que me preparo para que Dios acampe en mi alma y me devuelva la dignidad que los hombres han

[5] Papa Francisco, *Encíclica Todos hermanos*
[6] Amelia Noguera, *Escrita en tu nombre*
[7] King, Herbert. *King Nº 2 El Poder del Amor*

mancillado. Cuando no me han mirado con respeto, cuando me han exigido lo que no quería darles, cuando han mancillado mi nombre con infamias, cuando han traicionado mi confianza ingenua hacia ellos. Me siento herido en mi dignidad. ¡Cuántas personas son tratadas de forma indigna! ¡En cuántas relaciones de amor no se respeta la dignidad de la persona amada! La dignidad es un don de Dios. Ante Él nunca seré digno de ser amado. Pero Él se abaja sobre mí, me levanta entre sus brazos y me regala la gracia para saber cuánto valgo. **Eso es Navidad. Y ahí brota mi alegría**.